

General Conference Daily Bulletin, 1895

El mensaje del tercer ángel (nº 23)

A.T. Jones

En el tema precedente hice referencia a un Testimonio relativo a esa lucha entre los poderes espirituales. Lo vamos a leer ahora, dado que no sólo se refiere a dicho conflicto, sino particularmente a un aspecto de nuestro estudio: la necesidad que tenemos de obtener la victoria dependiendo exclusivamente del poder del derecho. No debemos excitarnos, actuar con desmesura ni cosa similar. Al contrario, debemos aferrarnos al principio y dejar que permanezca, confiando en él para obtener la victoria.

“En estos tiempos de especial interés, los guardianes del rebaño de Dios debieran enseñar que los poderes espirituales se hallan en controversia. No son seres humanos los que están creando la intensidad de sentimientos existente en el mundo religioso. El poder de la sinagoga espiritual de Satanás está inspirando a los elementos religiosos del mundo, haciendo que hombres tomen acciones decididas para imponer los avances que Satanás ha obtenido, dirigiendo al mundo religioso en decidida lucha contra aquellos que hacen de la Palabra de Dios su guía y único fundamento de doctrina. Los esfuerzos maestros de Satanás tienen ahora por objeto convocar a todo principado y poder que pueda emplear para controvertir las demandas obligatorias de la ley de Jehová, especialmente el cuarto mandamiento, que define quién es el Creador de los cielos y la tierra.

El hombre de pecado ha intentado cambiar los tiempos y la ley; pero ¿lo ha logrado? Esa es la gran cuestión. Roma, junto a todas las iglesias que han bebido de su copa de iniquidad al procurar cambiar los tiempos y la ley, se han exaltado por encima de Dios y han derribado el gran memorial de Dios, el sábado del séptimo día. El sábado debía representar el poder de Dios en su creación del mundo en seis días, y en su reposar en el séptimo. ‘Por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó’ (Éx. 20:11), debido a que en él reposó Dios de todas las obras que había creado y hecho. El objetivo de la obra maestra del gran engañador ha sido suplantar a Dios. En sus esfuerzos por cambiar los tiempos y la ley, ha estado obrando para mantener un poder en oposición a Dios, y por encima de él.

Esa es la gran cuestión. Ahí están los dos grandes poderes confrontados entre sí: el Príncipe de Dios, Jesucristo; y el príncipe de las tinieblas, Satanás. Aquí está el conflicto declarado. Sólo hay dos bandos en el mundo, y cada ser humano se alistará bajo una de estas dos banderas: la bandera del príncipe de las tinieblas o la bandera de Jesucristo” (E. White, *General Conference Bulletin*, 4 marzo 1895).

Pero si recurrimos a cualquier forma de fuerza a fin de lograr el derecho, significa ponernos ¿de qué lado,

en el conflicto? Del lado del poder de la fuerza contra el derecho. Y se trata del lado equivocado, al margen de cuál sea nuestra profesión. Pero adherirse firmemente al principio del derecho en contra de la fuerza, al principio del derecho en sí mismo para el logro de la victoria, eso es estar del lado de la divinidad.

“Dios inspirará con su Espíritu a sus hijos leales y verdaderos. El Espíritu Santo es el representante de Dios, y será el poderoso agente en nuestro mundo para ligar a los leales y verdaderos en fardos para el granero del Señor. También Satanás se halla en intensa actividad, reuniendo sus fardos de cizaña, de entre medio del trigo.

La enseñanza de todo verdadero embajador de Cristo es ahora el asunto más serio y solemne. Estamos implicados en una contienda que no ha de cesar hasta que se haya tomado la decisión final por la eternidad. Recuerde todo discípulo de Cristo que ‘no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes’ (Efe. 6:12). En ese conflicto hay implicados intereses eternos, y ninguna obra superficial o experiencia barata deben tener ahí lugar. ‘El Señor sabe librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio... mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en poder, no pronuncian juicio de maldición contra ellos delante del Señor’ (2 Ped. 2:9-11).”

Veis aquí el principio de que no tenemos reproche alguno, ninguna acusación que presentar contra nadie, o contra cualquier oposición que se ejerza en nuestra contra. Creemos en la verdad que predicamos. El poder está en ella, no en nosotros. No provee solamente su defensa, sino la nuestra. Y para nada debemos defenderla condenando a otros.

“El Señor quiere que toda inteligencia humana puesta a su servicio se abstenga de la severa acusación y de la amarga queja. Se nos instruye a que caminemos prudentemente para con los de fuera. Dejad a Dios la obra de condenar y juzgar”.

Se trata siempre de lo mismo: la propia verdad ha de ser su defensa; el propio derecho ha de sustentarse a sí mismo, y a *nosotros*.

“Cristo nos invita: ‘Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas’ (Mat. 11:28 y 29). Todo aquel que oye esta invitación tomará su yugo con

Cristo. Hemos de manifestar en todo tiempo y lugar la mansedumbre y humildad de Cristo. Entonces el Señor asistirá a sus mensajeros y los hará sus portavoces, y aquel que es portavoz de Dios no pondrá jamás en labios de seres humanos palabras que la Majestad del cielo no emplearía en su contienda con el diablo. Nuestra única seguridad está en recibir divina inspiración del cielo. Sólo eso puede calificar a los hombres para ser colaboradores con Cristo”.

Avancemos ahora algo más en el estudio de ese principio. Como vimos en el tema precedente, el poder de la fuerza en contra del derecho tomó posesión de este mundo mediante el engaño, sometiendo a su poder a aquel bajo cuyo dominio había sido puesto el mundo. El Señor, el Dios de los cielos, no ha querido recurrir al poder de la fuerza para quitar ese dominio de las manos de Satanás, a pesar de que éste lo ostenta de forma ilegítima. No habría habido injusticia en caso de recuperarlo por la fuerza. Pero esa no es la forma de proceder de Dios, y ese es el tema de nuestro estudio.

Voy a hacer una afirmación en la que se podrá meditar por la eternidad: El universo de Dios se fundamenta en el principio del sacrificio propio. El soporte, la columna vertebral del universo mismo, es el principio del sacrificio del yo como medio de victoria. Es decir, vencer sin ofrecer resistencia, mediante el puro ejercicio del poder del derecho en sí mismo. Eso es lo que mantiene integrado al universo. Tal es la esencia del evangelio. Se puede decir con toda propiedad que el evangelio mantiene en orden al universo. Pero el principio del evangelio es el principio del sacrificio de Jesucristo y del carácter abnegado de Dios, quien se da en su Hijo.

Por lo tanto el Señor, en la recuperación del dominio perdido, se abstiene de emplear cualquier clase de poder que no sea justo en sí mismo. Así, cuando se dispuso a recuperar la totalidad del dominio y de la raza humana, lo hizo con una justicia tal, que ni el mismo Satanás y sus huestes pueden alegar en contra.

Se perdió por el hombre, y se recupera mediante el Hombre. Eso es lo que vimos al inicio de nuestro estudio, en el segundo capítulo de Hebreos:

“Dios no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando. Al contrario, alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ‘¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que lo visites? Lo hiciste un poco menor que los ángeles, lo coronaste de gloria y de honra y lo pusiste sobre las obras de tus manos. Todo lo sujetaste bajo sus pies’. En cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no le sea sujeto, aunque todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a... Jesús” (vers. 5-9).

Vemos a Jesús en el lugar del hombre, y como el hombre. Dios no ha sujetado el mundo venidero a los ángeles, sino al hombre. Y Jesucristo es ese Hombre.

Hay un segundo Adán. Así pues, por el hombre se perdió, y por el Hombre se recupera. El Adán que lo recupera no lo hace a partir del lugar en donde estaba el primer Adán cuando lo perdió, sino a partir del lugar al que habían llegado los descendientes del primer Adán en su degeneración bajo la influencia y el poder del pecado, en el momento en que entró en el campo de batalla para disputarle a Satanás el derecho.

Me refiero a cuando entró en el combate abierto cuerpo a cuerpo. De hecho, entró en el combate antes de que fuese creado el universo; y entró también cuando el hombre pecó. Pero no había tomado la carne ni había entrado plenamente en la contienda hasta que vino al mundo en carne humana. El Señor Jesús entró en combate abierto con Satanás en carne humana, en el punto de degeneración que había alcanzado dicha carne en el momento en que él nació en este mundo. Peleó la batalla en la debilidad de la naturaleza humana tal como existía al venir en la carne.

La naturaleza humana nunca será más débil, el mundo no será peor en sí mismo, la naturaleza humana no alcanzará una condición más baja que la que tenía cuando Jesucristo vino a este mundo. La única forma en la que la naturaleza humana pueda empeorar aún más, es si ese mismo grado de iniquidad hace profesión de cristianismo. Una persona puede no ser más que iniquidad, tal como lo era el mundo cuando Cristo nació en él; mientras la tal no haga profesión de cristianismo, si no pretende estar sujetándose a los principios del evangelio, Dios puede alcanzar la perdida condición de esa persona mediante el evangelio, salvándola de ese modo.

Pero si esa persona en su condición inicua profesa el evangelio, y se atiene a dicha profesión únicamente como una forma, como una cobertura para disimular su iniquidad, desprovee a Dios del único medio que tiene el Señor de salvar al hombre, pervirtiéndolo al convertirlo en apoyo de su maldad. Eso lo convierte en peor en ese sentido, destituyéndose a sí mismo de la salvación al tomar el método divino de salvación y convertirlo en una tapadera y apoyo para su maldad. Pero en sí mismo, en la carne, su propia maldad carnal práctica no es en realidad mayor: se trata sólo de que ahora, además de inicuo es hipócrita. En los últimos días el mundo no será en sí mismo peor de lo que fue cuando Cristo nació en él. Será peor en el sentido de que tendrá la apariencia de piedad, pero habiendo negado la eficacia de ella, puesto que utiliza la profesión de cristianismo para cubrir su iniquidad, pervirtiendo así el único medio de salvación de Dios, lo que implica su destrucción irremediable.

Jesucristo vino al mundo en ese estado de máxima debilidad de la carne humana, y en esa carne, como hombre, peleó la batalla con Satanás.

Así, ni el propio Satanás puede presentar queja alguna respecto a la justicia del plan de la salvación. Satanás engañó y venció al hombre, tal como éste estaba a gloria e imagen de Dios, con toda bendición, poder y bondad divinas de su parte. Cuando ese segundo Adán viene en carne humana, en el punto al que Satanás había llevado a toda la raza humana mediante el pecado, entrando en la contienda en esa situación de debilidad, Satanás no puede objetar injusticia alguna. No puede decir: ‘Has tomado una ventaja injusta. Has venido rodeado de un despliegue colosal; has traído demasiadas salvaguardas como para que sea una contienda justa’. No lo puede decir, puesto que Cristo se tuvo en la debilidad misma de la carne a la que el propio Satanás había conducido al hombre. Cristo vino en la debilidad que Satanás había traído sobre la raza; y en esa debilidad dijo: “Aquí estamos para la contienda”. ¡Y nuestro Hermano venció! ¡Alabado sea su nombre!

Veamos ahora otra fase del mismo hecho: Recordaréis que uno de los temas en “Lecturas para la semana de oración”, tenía que ver con la lealtad a Dios, y estudiaba el pasaje en el que los hijos de Dios comparecieron ante el Señor, y entre ellos vino también Satanás (Job 1:6).

Se comentó que esos hijos de Dios venían de otros mundos –de las diferentes partes del universo–, en correspondencia con lo que fue Adán cuando se tenía a la cabeza de este mundo en la creación, cuando se le dio señorío y dominio. La Escritura declara que Adán era el hijo de Dios. Cuando Satanás vino a este mundo y asumió el poder, enseñoreándose sobre él como cabeza, tomó el lugar en el que debió haber permanecido Adán. Por lo tanto, cuando vinieron los hijos de Dios desde otros mundos a presentarse ante el Señor, Satanás vino también con ellos y se presentó ante el Señor como representante de este mundo, que está bajo su dominio. Os lo recuerdo simplemente para llamar vuestra atención a ese tema como objeto de posterior estudio.

Desde que Satanás obtuvo su dominio aquí, Dios ha estado llamando a las personas de este mundo a sí mismo. Desde que Satanás tomó el control de este mundo y Dios dijo: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya” (Gén. 3:15), Dios ha estado llamando a personas, de entre las filas de Satanás, a su dominio. Y muchos han respondido. Pero Satanás no ha cesado de hacer la acusación de injusticia en ello. Esta ha sido su continua protesta: ‘Estos son mi legítima conquista, y tú los estás llevando a ti. ¿Con qué derecho lo haces, siendo que fui yo quien ganó?’ Así, cuestiona el derecho de Dios a obrar de ese modo, tanto como a aquellos a quienes Dios llama de este mundo a sí mismo. Los acusa día y noche delante de Dios, diciendo: ‘Son míos; me pertene-

cen en justicia; están cargados de pecados y su maldad es evidente. Sin embargo tú los llamas, los justificas y los sostienes ante el universo, pretendiendo presentarlos como si hubiesen sido buenos todo el tiempo. No es justo. Son pecadores; son inicuos; son exactamente igual que el resto de nosotros’. Es, pues, el acusador de los hermanos, acusando noche y día ante Dios a todo aquel que se volvió de su autoridad a la de Dios.

Jesús vino a este mundo a demostrar que tenía el derecho para hacer así, que era justo en sus caminos. Y vino en ese punto de debilidad que ya hemos considerado antes, entrando en el conflicto con Satanás para recuperar, por el derecho, el señorío de este dominio perdido. Observad: Satanás había obtenido, *no por derecho*, sino *por la fuerza* en contra del derecho, el señorío de este dominio del primer Adán, a quien le había sido dado en derecho. Viene el segundo Adán, *no por el derecho de la fuerza*, sino *por la fuerza del derecho*, y recupera la dirección de este mundo y su dominio. Por lo tanto, cuando resucitó de los muertos, resucitó a la cabeza de todo principado, poder y dominio, no sólo de este mundo sino también del venidero.

Vayamos ahora al capítulo 12 de Apocalipsis; ahí está el pasaje del que deriva todo cuanto os he venido diciendo. La visión comienza con el nacimiento de Cristo en este mundo, y allí estaba Satanás dispuesto a devorarlo tan pronto como naciera. Versículo 7:

“Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles”

Versículos 9 y 10:

“Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo que decía: ‘Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche’.”

La palabra “acusador” se refiere en griego a aquel que acusa judicialmente a alguien. En los tribunales de este mundo es frecuente que uno acuse a otro con falsedad, contando mentiras sobre él. Por supuesto, en eso no hacen más que seguir el camino de Satanás. Pero el texto no trata de eso. El “acusador” se refiere más bien al papel que en los tribunales oficia el fiscal o abogado acusador. Ved la situación: Tenemos aquí a Satanás, quien tenía este dominio. Dios ha estado llamando y recibiendo a aquellos que acudieron a él, abandonando el poder de Satanás. Pero éste reclamaba su dominio sobre todos ellos. Imaginadlo entrando en el tribunal de Dios, como abogado acusador, persiguiéndolos como corresponde a esclavos que se fugaron, según las leyes de la esclavitud que regían en los

Estados Unidos de hace años. Los persigue judicialmente en ese tribunal, reclamando que vuelvan a serle restituidos bajo su autoridad, pues no le fueron arrebatados en derecho, sino de forma injusta.

Y tenía cierta plausibilidad presentando esa acusación, tenía un aparente viso de verdad debido a que no se había producido aún la confrontación; aún no se había librado la batalla ni ganado la victoria tan plenamente como para que su argumento y supuesto derecho como abogado acusador resultaran aniquilados. La promesa era cierta, la victoria segura y la promesa divina inamovible; pero tenían aún que ser probadas en abierto conflicto en la carne. Así, cuando Cristo vino en la carne, Satanás lo tentó tan poderosamente como si nunca hubiera habido promesa alguna de redención. ¿Podemos afirmar eso? ¿Podemos afirmar que cuando Cristo vino en la carne tuvo que afrontar tentaciones tan poderosas y reales como si nunca hubiera habido promesa alguna de redención? – Ciertamente, podemos. En caso contrario habría sido resguardado contra la tentación, y el conflicto no hubiera tenido realidad alguna; habría sido imaginario.

Cristo vino al mundo para exponer la injusticia de esa acusación que Satanás estaba presentando ante el tribunal divino, como abogado acusador de este mundo. Ese es el pensamiento. Es legítimo de principio a final. Jesús vino aquí, al territorio de Satanás, y tomó la naturaleza humana en el punto al que el propio Satanás la había llevado. En esa naturaleza humana se enfrentó a Satanás en el propio terreno de éste, y a pesar de su poder, lo derrotó totalmente confiando sólo en el poder del derecho contra la fuerza. No amparó en derecho alguno procedente de sí mismo, a fin de ayudarse o protegerse. Confió plenamente en ese poder divino del derecho en contra de la fuerza, con todo lo que conlleva. Y venció, volviendo a ser en todo derecho la cabeza de este dominio y de todos cuantos fueran redimidos de él, tanto como artífice de la redención del dominio mismo.

El texto griego, cuando afirma que el acusador de los hermanos “ha sido expulsado”, expresa la idea de que el abogado acusador es repudiado al haber perdido toda oportunidad de presentar su acusación. ¿Por qué es así? Porque ahora tenemos un Abogado en el tribunal, a Jesucristo el justo. ¡Gracias sean dadas al Señor!

Antes que Jesús viniese en la carne, comparecía el acusador de los hermanos como abogado acusador en el tribunal, alegando sus derechos legales sobre los súbditos de su dominio que decidían abandonarlo para pasarse al otro. Podía entonces esgrimir el argumento con cierto viso de credibilidad, puesto que su dominio y autoridad aún no le habían sido positivamente disputados. Pero vino Cristo y se lo disputó en toda justicia y buena lid a cada paso, y de forma tan consistente que el propio Satanás no puede aducir injusticia alguna en

ello. Habiendo vencido, Cristo ocupa ahora el lugar en el tribunal, no como abogado acusador, sino como abogado defensor. Y al comparecer ante el tribunal como abogado en derecho, el otro, el acusador, es expulsado. No tiene acusación alguna que presentar. Es así de maravilloso.

“Estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado”, puede actuar todavía el acusador, puede intervenir aún como abogado acusador. Ahora bien, ahora “abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo”, y mediante su oficio en el tribunal, resulta repudiado y expulsado aquel abogado acusador. Me alegro de que sea así. Tal es el valor de nuestro Abogado en el tribunal. Expulsa al acusador, tomando el caso en sus manos. ¡Alabado sea el Señor!

Llegamos ahora a otro punto, a propósito de la cuestión que se ha suscitado en las mentes de algunos cuando la otra noche afirmamos que el Señor Jesús no volverá a ser en el cielo *en todo respecto* igual que antes. La cuestión es la siguiente: Dice la Escritura –la leímos la otra noche–: “Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera” (Juan 17:5). Eso se cumplirá. Esa gloria que tuvo antes que el mundo existiera es ahora suya, y lo será por la eternidad. En las páginas 331 y 332 del BULLETIN encontraréis el Testimonio que os leí acerca de la humillación de Cristo. El que era en forma de Dios tomó la forma de hombre. “Fue todo el tiempo Dios en la carne, pero no se manifestó como Dios”. “Se despojó de su forma de Dios, y en su lugar tomó la forma y apariencia de hombre”. “Depuso temporalmente la forma de las glorias de Dios”.

Observad la distinción: Depuso *temporalmente* la forma de las *glorias* de Dios. Sin embargo, se despojó por la eternidad de su propia *forma* de Dios. Ese es también el contraste que encontramos en las Escrituras. Siendo en forma de Dios, tomó la forma de hombre. Más adelante en el BULLETIN, en su página 382, leemos estas palabras del Testimonio: “Llevando nuestra *forma humana* ante el trono del Padre por las *edades eternas*”. ¿Lo comprendéis? La diferencia no está en la *gloria*, sino en la *forma* sobre la que se manifiesta y reposa esa gloria, y mediante la cual resulta reflejada.

Hay algo más que viene junto a ese pensamiento. Cristo era en la forma de Dios. Eso lo depuso: se vació de ello. Lo abandonó para siempre. Nunca más aparecerá en esa forma. Llevará nuestra forma humana ante el trono del Padre por las edades eternas. Y la gloria que tuvo cuando estuvo en la forma de Dios, la trae a nuestra forma humana. “Yo les he dado la gloria que me diste” (Juan 17:22). Nos ha concedido la gloria de Dios por la eternidad a nosotros, a la forma humana, a la carne humana.

No significa rebajar a Cristo, sino exaltarnos a nosotros. La divinidad no resulta rebajada, sino que la humanidad queda exaltada y glorificada. Lejos de traerlo a él a la humanidad *allí en donde estamos*, nos eleva por la eternidad hasta donde él está. Lejos de privarlo de su gloria y de situarlo donde estamos nosotros –sin gloria de ninguna clase–, él dejó su gloria por un tiempo y vino a ser nosotros, tomando nuestra forma para siempre a fin de que él, en esa forma, y nosotros en él, seamos exaltados a la gloria que tuvo antes que el mundo existiera.

Todavía hay algo más: ¿Cómo se llevó a cabo la controversia con Satanás? En nuestra forma humana, en mi forma, en mi naturaleza, en la vuestra. ¿En favor de qué parte del universo de Dios tuvo lugar esa controversia? ¿Cuánto de él estaba implicado? –La totalidad del mismo. Así, en este mundo, y en nuestra forma y carne, es como se desarrolló el conflicto y peleó la batalla. Así fue como se ganó la victoria que afecta a todo el universo. Todo el universo estaba ahí implicado. De una forma u otra habría de ser afectado por sus resultados.

Por consiguiente, a fin de llevar a cabo el eterno propósito de Dios, tenía que venir a este mundo y tomar nuestra forma y naturaleza, ya que es en este mundo, y en nuestra forma y naturaleza donde se había desafiado el propósito y centrado el debate. El que era uno con Dios se vació de sí mismo, tomó nuestra forma y naturaleza, y peleó la batalla en esa forma y naturaleza, obteniendo en ellas la victoria. ¿A qué forma y naturaleza pertenece la victoria? –A las nuestras. Pertenece a nuestra forma y naturaleza en Jesucristo, junto a él. Podéis pues ver que esa controversia, esa victoria, no sólo nos devuelve al universo en el que estaba Adán, o al que hubiera podido alcanzar, sino a aquel en el que está Jesucristo por derecho divino. Es así de maravilloso, y así de *cierto*.

Demasiado a menudo perdemos de vista la gloria de lo anterior, concentrándonos solamente en la desgraciada entrada del pecado. Fue ciertamente una desgracia que el pecado irrumpiera en el universo. Y en el mismo sentido lo fue que afectara a este mundo, de manera que la batalla a favor de todo el universo hubiera de pelearse en este mundo. Pero habiendo afectado a este mundo, os afectó a vosotros y a mí, de forma que tuvo que pelearse en favor del universo aquí, en nuestra naturaleza. Y podemos agradecer a Dios por la victoria obtenida, y por lo que compartimos en ella. Podéis, pues, ver que no es todo una des-

gracia, puesto que Dios es poderoso para convertir nuestros grandes infortunios en las mayores victorias. Habría constituido la peor desgracia para nosotros *si no hubiera habido redención*. Pero cuando Dios interviene, convierte nuestras peores desgracias en las mayores victorias. Y esa gran desgracia para el universo, Dios la convierte en la mayor victoria en su favor. ¡La convierte en el más absoluto y eterno triunfo del universo!

Cristo se vació a sí mismo de la forma de Dios, y tomó nuestra forma humana. Se vació de la naturaleza de Dios, y tomó nuestra naturaleza humana. En ello trajo la divinidad a la humanidad, propició que la humanidad conquistara a Satanás y al pecado. En contra de todo el poder de Satanás, Cristo obtuvo la victoria en nuestra naturaleza humana, por lo tanto, no sólo dice: “Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera” (Juan 17:5), sino también: “Yo les he dado la gloria que me diste” (vers. 22). En lugar de llevarlo a él por la eternidad al lugar en que estábamos, lo que hizo fue llevarnos por la eternidad al sitio en donde él está.

“¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Cor. 9:15). Tenemos un Abogado en el santuario celestial que actúa allí en pleno derecho en favor nuestro, expulsando al abogado acusador que de otra forma nos acusaría ante Dios día y noche. Gana nuestras causas debido a que *ganó ya*. Siendo en forma de Dios, se anonadó a sí mismo y tomó forma de siervo, y “hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:8-11).

Es ahora nuestra delicia arrodillarnos ante él; lo será ciertamente en aquel día, para gloria suya. Pero sea que lo haga ahora, o que no, en aquel día en que a Jesucristo le sea colocada su triunfal corona ante todo el universo y en favor del mismo, toda rodilla, desde la de Lucifer hasta la del último ser humano que lo haya rechazado, se doblarán igualmente y confesarán que Jesucristo es el Señor, y lo harán para gloria de Dios Padre. En aquel día toda lengua confesará en el universo la divinidad de la verdad y la eterna justicia del principio del derecho en contra de la *fuerza*.